

LA BIBLIOTECA CHILENA DE TRADUCTORES, O EL SENTIDO DE UNA COLECCIÓN

GERTRUDIS PAYÀS

Estudio que precede a la segunda edición de la Biblioteca chilena de traductores, de J. T. Medina, publicada por la DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2007, gracias al Fondo del Libro 2006, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile.

"Toute culture résiste à la traduction, même si elle a besoin essentiellement de celle-ci. La visée même de la traduction –ouvrir au niveau de l'écrit un certain rapport à l'Autre, féconder le Propre par la médiation de l'Étranger- heurte de front la structure ethnocentrique de toute culture, ou cette espèce de narcissisme qui fait que toute société voudrait être un tout pur et non mélangé"¹
Antoine Berman

Las traducciones son un género de producciones escritas que se derivan de otras producciones, escritas en una lengua distinta, a las que se supone reproducen textualmente.

Hay opiniones comunes y letradas sobre la utilidad o la inutilidad de las traducciones, y sobre la calidad de las mismas y de sus ejecutores. En algunos periodos se traduce más que en otros, y hay países que traducen también más que otros. Cuando una cultura se considera deficiente respecto de otra, y esa otra se expresa en una lengua diferente, la cultura que se considera deficiente procura allegarse lo que la otra posee, recurriendo a la traducción. En términos relativos, las lenguas menos extendidas, si tienen la posibilidad

¹ ["Toda cultura, aunque necesite esencialmente la traducción, se rebela ante ella. El propio objetivo de la traducción: establecer, a nivel de lo escrito, una cierta relación con el Otro, fecundar lo Propio mediante la reflexión sobre lo Ajeno, se da de bruces contra la estructura etnocéntrica de toda cultura, esa especie de narcisismo que empuja a toda cultura a querer ser un Todo puro, exento de mezcla alguna" (trad. R. García López)] Berman, Antoine (1984) *L'épreuve de l'Étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique*, Paris : Gallimard, p. 16. Hay traducción española: Berman, Antoine (2003) *La prueba de lo ajeno* (trad. Rosario García López), Universidad de las Palmas de Gran Canaria.

de hacerlo, traducen más que las más extendidas, que suelen imaginarse autosuficientes. Por vía de la traducción han proliferado las ideas, pacíficamente o impuestas por la fuerza; se han propagado géneros, formas y gustos. La traducción, que implica siempre crear "con pie forzado", se expresa en formas variadas, desde las más literales a las más libres, incluso inventadas, y se ejerce también de distintas maneras. Hay traducciones disfrazadas de originales y originales disfrazados de traducciones, hay traducciones hechas directamente de la lengua original y las hay que han pasado por otras lenguas; hay autores que traducen sus propias obras, y los hay que se han negado a ser traducidos. Hay traducción en todas las culturas y épocas, y los traductores constituyen un gremio variopinto, de formación disímbola, renuente a la clasificación. Además de quienes se definen como traductores, muchos profesionales de la pluma e incluso de otras disciplinas incursionan en este terreno, porque la traducción se ha ejercido siempre libremente. Las traducciones, dentro de la cultura que las encarga, funcionan desprendidas de sus orígenes foráneos; se asimilan a esa cultura, sea a sus corrientes principales, sea a sus márgenes. Estas características: presencia universal y constante, vinculación entre traducción e imaginario de la cultura, diversidad de formas de ejecución, y de perfiles de los ejecutantes, y la adscripción del producto final a la cultura de llegada hacen de esta práctica intelectual un punto de observación singular para entender algunos aspectos de la sociedad, en particular la representación que de sí mismas se hacen una cultura, una lengua o una nación, los comportamientos de las élites intelectuales y la circulación de las ideas. No les será entonces extraña la cita de Antoine Berman que he escogido como epígrafe, y que inspira todo el trabajo sobre historia de la traducción del que este estudio y reedición quieren ser muestra.

Hacer historia de la traducción como la pretendemos hacer significa no sólo indagar el dónde, cuándo, quién y cómo de la producción de traducciones como sucesos históricos sino penetrar el imaginario de la cultura en la que la traducción opera, y poner de manifiesto los mecanismos que la vinculan a este imaginario para comprender las funciones que se le han encomendado. La traductología contemporánea, con su reconocimiento de la historicidad de la traducción y de las funciones desempeñadas por ella en la cultura, se acerca entonces a la historia intelectual, a la historia del libro y la lectura, y a la crítica cultural. Por estas razones, en nuestro estudio preliminar, más que reseñar este, a primera vista esquelético, listado traductores con sus respectivas traducciones, trataremos de dar un atisbo de su potencial interpretativo.

Desbrocemos el terreno: para empezar, no hay transmisión cultural sin traducción. Esta verdad, que raya en la perogrullada, se encuentra contradicha en diversos ámbitos y en distintos registros por la fuerza de un imaginario que hace de la traducción un producto ancilar, un mal necesario y del traductor un sospechoso de traición. Pese a que

la traducción ha sido práctica literaria habitual desde la más remota antigüedad y de los mejores literatos, pese a que conocemos la literatura y la ciencia universales sólo gracias a la traducción, y pese a las reflexiones iluminadoras de esta práctica que nos legaron pensadores como Friedrich Schlegel, Wilhelm von Humboldt, Valéry Larbaud, George Steiner, Octavio Paz y Jorge Luis Borges, sin mencionar a los que lo hacen constantemente desde la lingüística, la literatura comparada y la traductología, pese a todo ello, el imaginario sobre la traducción, literaria y no literaria, sigue caracterizado por la negación y la omisión.

En su obra *La prueba de lo ajeno*, Antoine Berman explica que toda cultura se resiste a la necesidad de la traducción porque, aun confrontada a la ineludible necesidad de traducir, se pretende autosuficiente, original y autónoma. Y esta necesidad negada, "refoulée", es la que se expresa en el discurso de la traición y la sospecha, con su consabida caracterización del traductor como servidor de dos amos, la traducción como tapiz visto al revés, y otras metáforas de lo deficiente. También se manifiesta en un discurso que no por opuesto es menos insidioso: el discurso idealista de la traducción como puente entre culturas, como modelo de comunicación transparente, y del traductor como canal vacío por el que pueden y deben circular los contenidos libres de toda contaminación.

Contrarrestando estos discursos elementales, en los que hay mucho de inconsciente, poco reflexionado, se han construido otros, que tratan de explicar la traducción en sus dimensiones literaria, hermenéutica o filosófica: el discurso de la violencia que la traducción implica para el texto, como asalto y sacudida fundamental, o el discurso de la traducción como viaje iniciático del texto (no se puede decir que un texto se haya publicado verdaderamente hasta que se ha traducido, decía Schlegel) o el de la traducción como metáfora misma de las relaciones de alteridad, de la traducción como lectura privilegiada del texto, como analogía del habla, como origen y fin del texto, como precursora y destino del texto (según Borges, hay veces en que la traducción se adelanta al original), y como reescritura que nunca dirá lo mismo que dice el original, pues no existe original, ni lo que existe como original es alcanzable.

Otra línea de estudios de la traducción, la que inspira esta reedición y estudio introductorio, es la que aborda la traducción como fenómeno cultural, práctica colectiva y objeto histórico, y al traductor como agente o mediador intercultural. Esta perspectiva es relativamente reciente; en sus orígenes abrevia en los llamados "estudios descriptivos de

la traducción” de Gideon Toury² y evoluciona desde la óptica del “giro cultural en los estudios traductológicos” que en los años 1980 planteó, de la mano de Susan Bassnett y André Lefevere, la posibilidad y la necesidad de mirar a la traducción como objeto cultural, que podía estudiarse de formas hasta entonces no estudiadas³. Antoine Berman, en su obra antes citada, sobre la traducción en la Alemania romántica y la crítica de las traducciones, y otros escritos diseminados en compendios y revistas, abrió al pensamiento traduccional las puertas de la ética, la analítica y la historia. Si la única forma de analizar traducciones había sido hasta entonces la dictada por la literatura comparada y la lingüística, o sea cotejar el original con la traducción para extraer de ahí una crítica textual, ahora se abría un marco teórico que permitía analizar las traducciones como productos intelectuales que ejercían en las culturas funciones significativas, no inmediatamente perceptibles.

En la América de habla española, por ejemplo, la traducción de materiales de doctrina a las lenguas indígenas a partir de la Conquista sirvió como herramienta de colonización. Para ello, los frailes formaron a jóvenes indígenas en castellano y latín que les sirvieron de traductores y lenguas, con lo que se creó un grupo profesional capaz de negociar diferencias entre las culturas enfrentadas. Estos colaboradores ya no pertenecían estrictamente hablando a su cultura de origen, pero tampoco estaban integrados a la cultura de los colonizadores y los misioneros. Como grupo intersticial, dejó sus huellas en las traducciones, mezclas a veces extrañas de materiales y símbolos, y fue ese grupo el que escribió las crónicas de su pasado, unas veces en lenguas indígenas, otras veces en castellano, trasvasándolas de códigos, quipus o relatos orales. Los textos resultantes, traducciones por donde se miren, se han usado y siguen usándose como fuentes para la historia del pasado prehispánico⁴.

También en América se han traducido los clásicos griegos y latinos, de cuyos textos se sacaron temas y motivos que sirvieron para explicar la realidad americana durante el barroco colonial. Y tenemos traducción de ensayo y de prosa en lenguas modernas, de la que se nutrieron los que, sirviéndose del ideario revolucionario francés y estadounidense,

² Toury, Gideon (1995) *Descriptive translation studies and beyond*, Amsterdam: John Benjamins.

³ Lefevere, André y Bassnett, Susan (1990) *Translation, history and culture*, Londres: Pinter Pub.

⁴ Nos referimos a las crónicas “mestizas”, como las de Guamán Poma de Ayala en Perú, y Fernando de Alvarado Tezozómoc o Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en México.

propagaron las ideas de libertad e independencia⁵. Luego, en el periodo de construcción de las culturas nacionales americanas, la traducción sirvió también para incorporar conocimientos científicos y prácticos, y difundir géneros y estilos literarios. Al mismo tiempo, la traducción despaganizó y cristianizó a Ovidio y a Marcial, y censuró el anticlericalismo de Rousseau y de Voltaire, hizo de Darwin un lamarckiano, estilizó y formalizó las literaturas prehispánicas, adaptó lo extranjero a las necesidades de lo nacional, vio horizontes utópicos donde se mostraban paisajes idílicos..., en fin, la traducción hizo lo que pocas prácticas culturales pueden hacer sin despertar sospecha: filtrar y modificar. Por eso mismo, contribuyó a crear identidades⁶.

Y sin embargo, pese al alcance de estas funciones y al peso ideológico de esta práctica, los estudios sobre las funciones de la traducción en la historia latinoamericana son escasos, y la historia general, en sus manifestaciones esencialistas y positivistas, suele ser ciega a la traducción; la soslaya cuando le estorba, y la utiliza cuando le conviene⁷.

Además, por omnipresentes que sean las traducciones, a menos que se trate de obras canónicas, de autores canónicos o de traductores que, a su vez, sean autores canónicos, resulta difícil encontrarlas para registrarlas, contarlas, agruparlas, clasificarlas, y poder derivar de ese análisis un conocimiento sobre por qué se traducen determinados autores o determinadas obras en determinadas épocas, países o tradiciones lingüísticas, quién promueve esas traducciones, quién las lee, cómo se distribuyen, de qué lenguas se

⁵ Georges Bastin y Álvaro Echeverri, de la Universidad de Montreal, estudian este aspecto para el caso de Venezuela, en "La traduction à l'époque de l'indépendance hispano-américaine", *Meta, Journal des Traducteurs*, 49-3, sept. 2004, pp. 562-575.

⁶ Véase a este respecto Venuti, Lawrence (1995), "Translation and the formation of cultural identities", in Schäffner, Christina/ y Hellen Kelly-Holmes (eds.) *Cultural Functions of Translation*, Clevedon: Multilingual Matters Ltd., y, para el caso particular de la formación de identidades en Hispanoamérica a partir del análisis de traducciones literarias del XIX, ver Pagni, Andrea (2004), "Olimpio en América del Sur: Usos hispanoamericanos del romanticismo francés", *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, 24, pp. 117-132, y de la misma autora (2003) "Traducción del espacio y espacios de la traducción: Les Jardins de Jacques Delille en la versión de Andrés Bello", en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.) *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, Frankfurt a.M./Madrid: Vervuert, pp. 337-356. Para la lectura lamarckiana de Darwin, ver Brisset, Annie (2002), "Clemence Royer, ou Darwin en colère", in Delisle, Jean (2002), *Portraits de traductrices*, Presses de l'Université d'Ottawa, pp. 173-203.

⁷ Respecto al uso de la traducción en la historiografía mexicana, ver Payàs, Gertrudis (2004), "Translation in Historiography: the Garibay-León Portilla Complex and the Making of a Pre-Hispanic Past", *Meta, Journal des traducteurs*, 49-3, pp. 544-561.

traduce más, qué relaciones tienen los textos que son traducciones con otros textos que no lo son, a qué grupo social pertenecen los que se dedican a traducir, qué formación tienen y cuáles son las prácticas de traducción predominantes.

Son difíciles de detectar y de cuantificar porque, por razones que podemos atribuir en parte a ese inconsciente etnocéntrico de las culturas nacionales, no tienen lugar asignado en los catálogos de las bibliotecas, las bibliografías, las historias documentales o literarias. En las fichas catalográficas no se les ha asignado un rubro propio. Para detectar traducciones o traductores hay que dar toda suerte de rodeos, interrogando los catálogos para que nos arrojen cualquiera de las siguientes palabras en cualquiera de los rubros de la ficha: "traducido", "traductor", "trad.", "tr.", "versión" o "vertido en", que son las más comunes. Pero, además, no es poco frecuente encontrar las frases "puesto en", "tomado de", "hecho en" tal lengua, o incluso, sencillamente: "en" tal o cual lengua, todas ellas indicativas de traducción. A partir de 1949 la búsqueda se facilita gracias a la existencia del *Index Translationum* de la UNESCO, pero antes de esa fecha no existe un solo compendio de traducciones del carácter del que aquí presentamos⁸.

De ahí el entusiasmo con que los estudiosos de la traducción celebramos la existencia de la *Biblioteca chilena de traductores*, de José Toribio Medina, obra única en su género y en su tiempo⁹, aunque excéntrica respecto del resto de la obra mediniana.

CONTEXTO, RECEPCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA OBRA

Don José Toribio Medina no hizo, desde luego, la *Biblioteca Chilena de Traductores* con la finalidad de entender las funciones de la traducción en la cultura chilena. Su propósito

⁸ Podemos considerar la *Biblioteca chilena de traductores* el antecedente directo del índice de traducciones (*Index Translationum*) de la UNESCO, base de datos que registra las traducciones que se publican en el mundo, en cualquier lengua, a partir de información que proporciona cada país, normalmente por conducto de su correspondiente Biblioteca Nacional. Este índice se empezó a compilar en 1932, y hasta 1940 estuvo a cargo de una entidad patrocinada por la Sociedad de Naciones, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. A partir de la fundación de las Naciones Unidas en 1949, la UNESCO reanuda esta actividad, que había quedado interrumpida por la Segunda Guerra Mundial y la desaparición de la Sociedad de Naciones. Chile comienza a registrar traducciones a partir de ese año, lo que significa que si cubriéramos la laguna que va de 1925, fecha del último registro de Medina, a 1949, tendríamos el registro completo de las traducciones chilenas.

⁹ En el contexto latinoamericano no hemos encontrado ningún otro registro de traducciones de todos los géneros, salvo en México, y sólo para el año de 1959, elaborado por el exiliado español José Ignacio Mantecón, dentro ya del contexto del trabajo de la UNESCO: *Índice de las traducciones impresas en México, 1959*, México: Instituto Bibliográfico Mexicano, 1964.

era registrar todo lo que se tradujo en Chile desde la introducción de la imprenta, al igual que registró todo documento registrable, y que anotaba puntualmente en las cartas a su padre los precios de las entradas al teatro en París o Madrid, estando de paso por estas ciudades. La pasión de Medina por registrar no conocía límites. No se conformó con dar fe de lo importante, lo destacado, lo único, lo original, lo que podía interesar o gustar; registró lo secundario, lo anómalo, lo de escasa utilidad, como los anónimos y los seudónimos y las modestas tesis de las primeras mujeres universitarias. Registró lo nunca antes registrado.

Quizás en Medina late todavía el espíritu reivindicador de la cultura americana, en la línea que nace de las grandes bibliografías coloniales, hechas para defenderse de los ataques o desdenes de Europa. Medina las conoce bien, y seguramente habría podido también decir, como Don Mariano de Beristáin de Souza, el bibliógrafo novohispano:

"¿Qué? ¿Sólo deben ponerse en una Biblioteca las obras de Newton, de Leibniz, de Milton y de Shakespeare? Mi biblioteca no es selecta, sino histórica y universal, y todo debe ponerse en ella, y así encierra mucho bueno, mucho malo, mucho mediano, y bastante selecto y muy apreciable. Y cuando todo fuese mediano y regular, ¿qué resultaría? Que no podríamos sentarnos todavía en el banco de arriba de la academia de los sabios europeos"¹⁰.

Este afán acumulativo, que relaciona uno instintivamente con su faceta de coleccionista (entomólogo y numismático) puede haber contribuido a la relativa marginación de Medina en la historiografía posterior, ha sido parca en reconocer su deuda con él como descubridor y sistematizador de sus fuentes primarias y se ha limitado a considerar su obra más bien como ejemplo de positivismo historiográfico.

No obstante, si ampliamos el objetivo de forma que podamos abarcar el conjunto de la obra mediniana, podemos establecer un correlato con los censos, mapas y museos que, según Benedict Anderson, son lugares de creación de la comunidad imaginada, condición

¹⁰ Beristáin de Souza, Mariano ([1821] 1947) *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, México: Ed. Navarro y Fuente Cultural, p. 32 (cursivas en el original). En esta obra, de la que pudo sólo publicar en vida el primer volumen, Beristáin parte de otra *Biblioteca* anterior, inconclusa, la *Biblioteca mexicana*, de Juan José de Eguiara y Eguren, para registrar todo lo escrito y publicado durante el periodo colonial en lo que hoy es México y parte de Centroamérica. En 1897, J. T. Medina publica en su propia prensa el cuarto volumen de esta obra, con adiciones propias y de otros bibliógrafos. En la edición de 1947 aparecen incorporadas al texto general. Medina publica también un ensayo sobre el autor: *Don José Mariano Beristain de Souza. Estudios bio-bibliográficos*. Santiago: Imprenta Elzeviriana, 1897.

para la construcción de la identidad nacional¹¹. Tanto los censos, mapas y museos a los que se refiere en su ya clásico ensayo, como las “bibliotecas virtuales” que son las bibliografías y bio-bibliografías americanas compiladas a fines del periodo colonial, representan la soberanía cultural (aún no la autonomía política) de las futuras repúblicas. Contemporáneos de la obra mediniana son también los museos nacionales de Chile, y el atlas de Claudio Gay en que por primera vez Chile se representa como franja estrecha que se desenrolla de norte a sur, dando la espalda a la Argentina¹². La exhaustividad de las *Bibliotecas* coloniales, impulsada en esos momentos por el afán reivindicador, está en las *Bibliotecas e Historias de la imprenta* medinianas marcada por motivaciones menos explícitas y que habrá que explorar. Sin embargo, el hecho de que no encontremos expresada en sus adustos prólogos una conciencia clarividente de estar construyendo el archivo americano no nos impide interpretar su obra en este sentido. La empresa bibliográfica mediniana, con sus más de 400 títulos, auténtica biblioteca continental, que se extiende desde los primeros años del periodo colonial, dando a cada una de las nuevas repúblicas un registro de su legado escrito, puede considerarse como el corolario de este esfuerzo. Medina, con su esposa y colaboradora Mercedes Ibáñez (mal haríamos en olvidarla) contribuyeron a dibujar y dar consistencia al territorio cultural hispanoamericano, construyendo de esta forma la memoria letrada de la América española.

En cuanto a los antecedentes estrictos de la *Biblioteca chilena de traductores*, Medina, que conocía desde luego los trabajos de los bibliógrafos americanos que le habían precedido y que de una u otra forma habían consignado traducciones, como Eguiara y Eguren, y Beristáin de Souza, sabía también de un registro particular de traductores en España, el *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*¹³, publicado en 1778, un ejemplar del cual sigue en la biblioteca Medina. Es muy probable, además, que en sus conversaciones con su colega español, Marcelino Menéndez Pelayo, la idea de un registro de traducciones hubiera salido a colación. Menéndez Pelayo, quien, por cierto, también

¹¹ Anderson, Benedict (1983) *Imagined communities*, Londres-Nueva York: Verso

¹² Ver Gay, Claudio (2005), *Atlas de la historia física y política de Chile*, reedición a cargo de Rafael Sagredo, 2 tomos, Santiago: LOM Ediciones.

¹³ Pellicer y Saforcada, Juan (1778) *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles, donde se da noticias de las traducciones que hay en castellano de la Sagrada Escritura, Santos Padres, filósofos, historiadores, médicos, oradores, poetas, así griegos como latinos; y de otros autores que han florecido antes de la invención de la imprenta*. Madrid: Antonio de Sancha

fue traductor como Medina¹⁴, recopiló a lo largo de su vida papeletas sobre traductores y traducciones con la intención de preparar un registro. No pudo ver su deseo cumplido, pero sus notas fueron ordenadas y publicadas póstumamente (también ya fallecido Medina), como *Biblioteca de traductores españoles*¹⁵, obra dedicada a la traducción literaria, en cinco tomos. Se trata de una compilación de artículos de variada extensión, organizada por nombre de traductor, en los que se relatan su vida y obras, con extractos comentados de sus traducciones.

La *Biblioteca* chilena, en cambio, es un sencillo catálogo de traducciones, ordenadas primero por año y luego por apellido del traductor, en el que consigna solamente los datos bibliográficos de la obra sin aportar ningún comentario de fondo. Al igual que en Menéndez Pelayo, tiene la particularidad de singularizar al traductor por encima del autor. Y tanto es así que en ambas no hay sino índice de traductores, lo que limita enormemente las posibilidades de consulta. Medina, además, no se preocupa por indagar los autores y títulos de las obras originales, que figuran en la *Biblioteca* sólo si constan en la portada de la traducción que ahí se transcribe. En ella hay, pues, 317 entradas sin nombre de autor original¹⁶, y no aparece prácticamente nunca el título de la obra original. No son muchas las razones que podemos aducir para explicar estas omisiones de parte de los editores de los libros. Aparte del descuido y la poca formalidad de las ediciones, puede haber habido razones de conveniencia económica: las obligaciones en materia de derechos de autor se venían incorporando a las legislaciones nacionales desde 1886, año de la Convención de Berna, y seguramente era más cómodo soslayarlas. Si bien no podemos demostrarlo categóricamente para el caso de Chile en el siglo XIX, tenemos constancia de la deliberada omisión de estos datos en los años 1920 en México, concretamente para la colección de traducciones de obras clásicas dirigida por José Vasconcelos, y en el propio Chile, en la década de 1930, ya fuera del censo de Medina¹⁷.

¹⁴ Dejamos la faceta del Medina traductor y comentador de traducciones para ulterior estudio. En la *Biblioteca* están referenciadas sus traducciones; en cuanto a crítica de traducción, el único trabajo que le conocemos es "Una traducción del Petrarca hecha en América en el siglo XVI", *Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española*, Tomo III, Cuaderno XI, Santiago 1924, pp. 339-347.

¹⁵ Menéndez Pelayo, Marcelino (1952-1953) *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid: Gredos.

¹⁶ Hemos localizado un centenar de ellos, la mayoría libretistas de ópera; el resto sigue anónimo por ahora.

¹⁷ Ver Lago, Tomás (1934) *Los derechos de autor y el porvenir del libro chileno*, Santiago: Prensas de la Universidad de Chile. Nada permite suponer que la situación de irregularidad en materia de derechos de autor y de traducción expuesta en ese ensayo para los años 1930 no fuese la misma de antes.

El concepto de autoría intelectual no ha sido ni universal ni de todos los tiempos, y no es infrecuente en la historia de las traducciones encontrar omitida la referencia a los originales, u oculto de alguna otra forma el carácter derivativo de la obra. En nuestro caso, además de las razones antes aducidas para estas omisiones, podemos encontrar razones de orden ideológico. En todo el registro, y en particular en el siglo XIX, se observa la importancia que adquiere el traductor como promotor y gestor intelectual, hasta tal punto que, como se verá, no pocas veces se da más importancia a los traductores y las traducciones que a los originales correspondientes. El espíritu en que se hacen estas traducciones es un espíritu de militancia cultural, al servicio de la nación¹⁸. En las portadas de los libros mismos aparece el nombre del traductor en el lugar que corresponde al autor, a veces seguido de la instancia promotora de la traducción y el destino de la misma. Las frases "por orden de", y "para el uso de", que aparecen tantas veces transcritas en el registro, después del nombre del traductor, ilustran fuera de toda duda el carácter instrumental de la traducción en este periodo de construcción cultural de la nación.

En cuanto a la recepción de la *Biblioteca chilena de traductores* por sus contemporáneos, no ha de parecernos extraño que, siendo una obra poco atractiva desde casi cualquier punto de vista, no haya llamado la atención en su tiempo. Sólo hemos detectado dos comentarios por el lado de la crítica bibliográfica y literaria de esos años: cuando su publicación, Alejandro Fuenzalida le dedicó dos reseñas en sendos periódicos, advirtiendo varias omisiones y reprochando la falta de índices, así como el hecho de no haber incluido Medina aparato crítico¹⁹. Años más tarde, Raúl Silva Castro, en el número especial que la revista *Atenea* dedicó a Medina con motivo del centenario de su nacimiento, declara que la *Biblioteca chilena de traductores* sería "llave a mi juicio de la

¹⁸ Este espíritu lo hemos analizado ya en un trabajo presentado en las II Jornadas de Historia de las Mentalidades, Universidad de Chile, octubre 2005: "La traducción en Chile, 1820-1875. ¿Una actividad colectiva al servicio de la nación?" (Actas en prensa). Lo ha consignado también Patricia Willson para el caso de Argentina en "Traducción entre siglos: un proyecto nacional", in Rubione, Alfredo (dir.) (2006), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, tomo 5, Buenos Aires: Emecé, pp. 661-678.

¹⁹ Las reseñas de A. Fuenzalida se publicaron en *El Mercurio de Santiago* (4 de mayo de 1927) y *La Nación* (8 de mayo de 1927) y están reproducidas en Feliú Cruz, G. (1931) *Bibliografía de José Toribio Medina (1923-1930)*. *Notas críticas*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 28-36. Agradezco al profesor y bibliófilo D. Felipe Vicencio este dato.

mayor parte de los trabajos de literatura comparada que se emprendan entre nosotros cuando esta ciencia alcance la difusión que merece²⁰.

No volvemos a tener comentario de la *Biblioteca chilena de traductores* hasta la actualidad. En su obra reciente sobre Medina, José Carlos Rovira despacha en forma sumaria la *Biblioteca chilena de traductores* en una nota a pie de página, manifestando su desilusión al compararla con la obra casi homónima de Menéndez Pelayo²¹. De hecho, la comparación no se justifica porque estas dos obras, por mucho que se parezcan los títulos, no se escribieron con la misma finalidad. Sólo tienen en común, y aún así sólo en parte, el objeto de estudio; en lo demás, la del español es selectiva y de crítica literaria, y abarca desde los inicios del castellano; la del americano arranca con la llegada de la imprenta a Chile y no distingue géneros.

En otros campos, la utilidad de la obra se puede observar, más que en los estudios literarios, en los históricos, especialmente en los de la línea de historia intelectual o cultural. Ahí es donde la *Biblioteca chilena de traductores* parece estar ocupando un lugar, aunque modesto, de simple fuente de datos positivos²². No se la comenta, no se la amplía ni se la refuta, pero está, y se acude a ella para confirmar la afición de los chilenos por el

²⁰ Silva Castro, Raúl (1952) "Medina, historiador de la literatura chilena", *Atenea, Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes*, Universidad de Concepción (Chile), Tomo CVII (Número extraordinario en homenaje a José Toribio Medina), p. 290. Si bien ya llegó ese tiempo, no parece haberse verificado la profecía de Silva Castro. Alguna atención han merecido las traducciones de Andrés Bello, pero para llegar a ellas no hace falta el registro de Medina. Por otra parte, la convergencia entre literatura comparada y traductología ha resultado más bien problemática, entre otras razones porque el ámbito de la traductología, engrosado con conceptos de la crítica cultural y del estudio de las ideologías y relaciones de poder, entre otras líneas de investigación recientes, ha desbordado, tanto en cuestión de objetos como de métodos, los cauces de una literatura comparada tradicional, centrada en los grandes autores, las grandes obras y corrientes literarias.

²¹ Rovira, José Carlos (2002) *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial*, Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-DIBAM. La referencia a la *Biblioteca chilena de traductores* se encuentra en la nota 128, p. 78.

²² Bernardo Subercaseaux extrae de ella datos para sus tres tomos sobre historia intelectual chilena, así como para su *Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)*, Santiago: Ed. Lom, 2000, donde hace una valoración discreta, pero positiva, de la misma, al encomiar la labor recopiladora de Medina. En general, los historiadores interesados en fundamentar el lugar común de "la influencia francesa en Chile" abrevan también en ella. Cabe señalar que no tuvo continuidad el único trabajo que se le dedicó desde la traductología: Ileana Cabrera (1993) "El aporte de la traducción al proceso de desarrollo de la cultura chilena en el siglo XIX", *Livius*, 3, Universidad de León, pp. 51-63.

teatro lírico o por los folletines, o para apuntalar la idea de “lo francés” en la cultura chilena en el s. XIX y principios del XX²³.

De parte de los colegas bibliógrafos, todos los autores que han comentado a Medina con ánimo de exhaustividad han mencionado esta obra, pero nadie ha hecho de ella un estudio particular²⁴, como tampoco se ha hecho de sus otras dos obras tardías, *La literatura femenina de Chile* (1923) y el *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos* (1925), que son las otras obras de Medina habitualmente clasificadas en el rubro de miscelánea, o *marginalia*. Curiosamente, deberían, por su temática, interesar particularmente al crítico actual. Más aún que el estudio del traductor como autor subalterno o sub-creador, los estudios de género y de la condición de autor figuran en el temario de los estudios de la postmodernidad. Nos atrevemos a sugerir que, junto con la *Biblioteca chilena de traductores*, constituyen una trilogía con una lógica interna por descubrir y analizar.

Hoy en día podemos ver a Medina como último gran bibliógrafo americano tradicional si lo que apreciamos en él es el carácter fundacional de la literatura colonial, como dice José Carlos Rovira, por su impresionante trabajo de compilación de historias de la imprenta y la Inquisición. Sin embargo, también podemos ver en él precisamente la perspectiva de avanzada, la del empuje intelectual de Chile, según Jorge Hunneus Gana, “la más intelectual de todas las Repúblicas Americanas”²⁵, en un periodo de orgullo nacional derivado de sus gestas militares y logros económicos, en que los gobiernos aprovechan la presencia de intelectuales que el exilio trae a su territorio, e invitan a trabajar a Chile a distinguidos científicos europeos, para construir verticalmente una cultura propia. Esa construcción se ilustra tanto en el hecho de que hayan sido los propios gobiernos los que hayan encargado y fomentado las traducciones para que sirvieran de manuales en las instituciones de educación, como en el hecho de que los intelectuales chilenos y extranjeros residentes (Courcelle-Seneuil, Brunet de Baines, Besnard y Sarmiento, entre muchos otros) se hayan implicado en el esfuerzo educativo estatal, no

23 Efectivamente, la mayoría de las traducciones son del francés: 907. Las demás se reparten de la forma siguiente: inglés: 261, italiano: 241, alemán: 101, latín: 17, portugués: 9, griego : 3, catalán: 1, combinaciones de lenguas y dudosos: 108.

²⁴ Para algunos antecedentes singulares, como el hecho de la doble publicación (en versión breve y extensa), ver Feliú Cruz, Guillermo (1966) *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena. Ensayo crítico*, Tomo II, Santiago: Biblioteca Nacional, pp 351-358.

²⁵ Hunneus Gana, Jorge (1910) *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile, p. xvi

sólo escribiendo y traduciendo sino ocupando cargos en las instituciones educativas y culturales, inspeccionando escuelas, y presenciando los exámenes de los estudiantes para informar luego en los *Anales de la Universidad de Chile* del estado general de la educación.

En la *Biblioteca chilena de traductores*, del mismo modo que en su censo de la literatura femenina chilena, Medina quizás nos está mostrando, justamente, un perfil acorde con este cambio de clima. Dos obras tardías, consideradas menores en el conjunto, nos presentan un Medina preocupado por registrar no las grandes creaciones del pasado sino un conjunto poco diferenciado de materiales, obra de escritores de toda índole, que, salvo excepción, no daban ningún brillo especial ni a Chile ni a América en su conjunto. No se trata de obras retrospectivas, como las que le dieron fama, sino de constancias de existencia en un presente contemporáneo. Medina está haciendo ahí historia inmediata. En la *Biblioteca chilena de traductores* no tenemos un depósito del pasado, como lo tenemos en Pellicer i Saforcada, ni un despliegue de erudición clásica y literaria como en Menéndez Pelayo. Tenemos una puntual constancia de lo que se está haciendo en su propio tiempo en su país, que servirá para los registros futuros. Y ahí, como lo hace en las demás obras en las que registra su propia época, es donde Medina no parece mirar hacia atrás sino hacia delante. El hecho de registrar lo que estaba escribiendo su propia generación nos ilustra a un Medina muy distinto, poco conocido por los especialistas en historia colonial. El Medina que registra las traducciones no es el último de una estirpe de estudiosos, no es el último bibliógrafo colonial, como se le ha llamado. En su escrupuloso y frío coleccionismo, que no distingue prioridades, nos parece ver más bien el precursor de los catálogos o registros modernos.

En cuanto a la confección misma de la *Biblioteca chilena de traductores*, no tenemos más información que la que el propio autor da en su prólogo, y que ha sido glosada de forma literal por todos quienes le han dedicado algún comentario. En él, Medina reconoce el aporte de los extranjeros a la labor de traducción en el país, delimita el ámbito de su registro, expone las dificultades para determinar las obras propiamente chilenas y sugiere que la labor de traducción en Chile puede haber sido más importante que en otras naciones americanas. Justifica en particular el interés del registro por el hecho de que hay muchos grandes escritores en Chile que parecen haber comenzado su labor literaria traduciendo. La analogía que ahí hace de la traducción con los pasos vacilantes del niño, que “necesita valerse de andaderas” antes de lanzarse a los grandes vuelos creativos, debe entenderse no tanto como una convicción particular de Medina del carácter subordinado de la traducción sino en el espíritu de la *imitatio*, que prescribió hasta épocas modernas la utilidad de la traducción de los clásicos grecolatinos en la formación literaria de todo estudiante.

Con el mismo título y el mismo prólogo tenemos dos versiones de la misma obra, ambas publicadas para los *Anales de la Universidad de Chile*: una, parcial, que abarca sólo hasta 1875, con 400 entradas, sin índice, impresa por la Sociedad Imprenta y Litografía Universo en 1925, y otra, completa, que abarca de 1820 a 1924, con 1575 entradas, más algunas intercaladas alfabéticamente (a, b,...) y sólo un índice onomástico de traductores, impresa en los Establecimientos Gráficos de Balcells y Compañía, sin fecha, pero del mismo año que la anterior, según lo indica Feliù Cruz²⁶. La edición parcial se reproduce textualmente en la edición extensa, incluso con la misma tipografía, composición y paginación, de modo que quien lea la versión larga puede dispensarse de la breve. Esta reedición corresponde, lógicamente, a la versión extensa.

Como lo señala Medina en el prólogo, el registro abarca solamente libros o folletos publicados por separado; por lo tanto, no contiene traducciones publicadas en la prensa ni traducciones que circularon manuscritas, como las que se hicieron expresamente para el teatro. No está, pues, ni Camilo Henríquez con sus traducciones para el primer periódico chileno, *La Aurora de Chile*, ni las que publicaron en periódicos los miembros de la Sociedad Literaria de 1842. Tampoco se encuentran aquí registradas las traducciones que se hicieron exclusivamente para el teatro, como la que Rafael Minvielle hiciera del *Hernani* de Victor Hugo, y la de José Victorino Lastarria de *Le proscrit*, de Frédéric Soulié, ambas presentadas en 1840. Como lo indica Medina, no ha tomado en cuenta las traducciones inversas, es decir, a lenguas distintas del español, que, según él, no son demasiadas, y reconoce que habrá lagunas, por la escasez de las fuentes. Hechas estas salvedades, hemos advertido también que no contiene traducciones de lenguas indígenas de Chile, como podrían ser los catecismos o doctrinas bilingües, y que Medina no se refiere en absoluto a esas lenguas.

La edición es poco prolija; contiene repeticiones y errores tipográficos, tanto de composición como de anotación de las fechas. Medina registra las reediciones como entradas nuevas, pero hay reediciones que no consigna, lo que nos hace pensar que habrá registrado sólo las que había visto o de las que tenía noticia fidedigna. Incluye algunas traducciones de cuyo origen duda, y así lo indica en nota al pie. También nosotros hemos descubierto que no pocas traducciones son de hecho traducciones peninsulares, reimpresas aquí al amparo de la falta de reglamentación reinante, y las hemos indicado en nuestras notas. La presencia de reediciones, sea de traducciones chilenas, sea peninsulares, obliga, pues, a tratar con cautela las cifras que puedan derivarse de la

²⁶ *op. cit.*, p. 351

Biblioteca, aunque es obviamente útil e ilustrativa para la historia de la recepción de autores y obras extranjeras.

Medina siguió encontrando material para el registro una vez entregado el manuscrito a la imprenta, de modo que al final de la edición original figuran treinta y nueve adiciones, que hemos reintegrado al registro, excepto cuando ya constaban en él²⁷.

La *Biblioteca chilena de traductores* contiene traducciones publicadas en Chile, aunque sean reimpressiones de traducciones peninsulares. Las traducciones publicadas en el extranjero (Madrid, Buenos Aires, Lima, París, Londres, Leipzig y Nueva York) que figuran en el registro han sido recogidas por Medina por tratarse de autores importantes, como Francisco Bilbao, o D.F. Sarmiento. En este sentido, Medina combina dos criterios de inclusión empleados en obras anteriores: el de "lo nacional territorial", empleado en sus historias de la imprenta, que implica registrar todas las obras que hayan sido publicadas en Chile, sea cual fuere el origen de los escritores o de las obras, con el criterio de "lo nacional virtual", adoptado por ejemplo en su *Biblioteca Hispano-Chilena (1523-1817)*²⁸, donde se registra la producción colonial relativa a Chile, que se había impreso fuera del país, por carecer éste de imprenta.

En el Medina de los últimos años, cuando publica la *Biblioteca chilena de traductores* (así como *La literatura femenina de Chile*), no encontramos un movimiento reivindicatorio de los grandes hombres o de las grandes obras, al estilo de las bibliografías y bio-bibliografías del siglo anterior, en las que se trataba de defender una cultura hispanoamericana dentro incluso del contexto colonial. Ahora se trata de compilar y registrar textos con los que se completaba el panorama de la producción escrita de la nación. La sequedad del registro, la falta de discurso explicativo, de textos paralelos orientadores, de referencias dentro y fuera de la misma obra, se explican tanto por la circunstancia de tratarse de traducciones, es decir, de trabajos en general considerados secundarios -- para los que, dicho sea de paso, según algunos, las mujeres estaban naturalmente dotadas²⁹-- , como porque con estos trabajos parece inaugurarse una

²⁷ Algunas adiciones eran, efectivamente, innecesarias. El tratamiento que hemos dado a las adiciones, así como a las anomalías, se explica en la sección sobre aspectos metodológicos.

²⁸ Medina, José Toribio (1897-1899) *Biblioteca Hispano-chilena (1523-1817)*, Santiago: Imprenta Elzeviriana.

²⁹ Lo que contradice Zorobabel Rodríguez: "Traducir un libro no es una tarea tan fácil como generalmente se cree, mucho menos para una señora. La obra exige conocimientos bastante extensos en más de un ramo, que no es fácil posean aquellas personas que no han hecho de las tareas literarias su ocupación favorita; exige, por otra parte, una suma de paciencia y de perseverancia de ordinario superior al lote que de estas virtudes se sirvió Dios conceder a la que, no sin razón, se acostumbra denominar la más voluble e

forma de catalogar distinta, la que registra lo que hay, independientemente del interés o de la calidad que puedan tener los objetos, y en la que el catalogador actúa más como testigo que como intérprete.

LA TRADUCCIÓN COMO MILITANCIA INTELECTUAL

La traducción, tomada como fenómeno cultural, es la medida del deseo del libro ajeno. Una sociedad no traduce lo que ya tiene sino lo que estima, por medio de sus élites intelectuales, que necesita. Es, pues, también, reconocimiento de carencia. Así lo expresa Domingo Faustino Sarmiento en el prólogo de una de sus traducciones publicadas en su exilio chileno:

"No son niños los que tenemos que educar, son pueblos, i tenemos que hacer para ello, que nuestra lengua repita sílaba por sílaba el largo catálogo de los conocimientos humanos de que han sido creadoras e intérpretes las otras naciones.

No es la escuela la fuente de conocimientos, sino la masa de ideas difundidas en la sociedad, i esas ideas no existen porque escasean o son inadecuados en español los libros que debieran contenerlas al alcance del común de los lectores [...] No educaremos nunca, por tanto, enseñando a leer solamente, si no se remueve el principal embarazo que consiste en no haber en nuestro idioma, ni al alcance del comun, ni en suficiente porcion distribuidos los libros que contienen nociones utiles y practicas"³⁰.

Este reconocimiento de carencia, que a veces encontramos expresado en la historiografía literaria chilena como algo humillante³¹, adquiere en Sarmiento un cariz soberano. Al explicar el carácter deficiente de la cultura chilena (que aplicaba sin duda, por extensión, al resto de Hispanoamérica), lejos de apocarse, le sirve para arrogarse el derecho de apropiarse de todo el saber y los conocimientos ajenos:

inconstante de la mitad de la especie humana" (citado por Medina J. T. (1923) *La literatura femenina de Chile*, p. 271; la réplica de Medina no tiene desperdicio, pero nos desviaría de nuestro curso reproducirla aquí. Remitimos, pues, a los interesados a la obra misma)

³⁰ Sarmiento, D. F., prólogo a su traducción de Figuiet, Louis (1854) *Exposición e historia de los descubrimientos modernos*, Santiago: Impr. de Julio Belin, p. IX.

³¹ No hay que olvidar los lamentos recurrentes sobre la falta de originalidad de las letras chilenas, empezando por el de Joaquín Blest Gana en su artículo "Causas de la poca originalidad de la literatura chilena", *Revista de Santiago*, 1848, tomo II, p. 58-72.

*"Los libros, que son los almacenes del saber, no vienen preparados para nosotros i tales como los necesitamos, es decir, en nuestro idioma, i para la lectura común. Los libros necesitamos hacerlos en casa, i ya que nuestro saber no alcance a crear los conocimientos de que son conductores i propagadores, podemos, vaciando, por decirlo así, en nuestro idioma, los tesones que en este genero poseen otras naciones, **hacer nuestro el trabajo de todo el mundo**"³².*

La declaración soberana de Sarmiento, quien, autorizándose, autoriza a cualquiera a hacer suyo lo que otros han creado, nos permite entender cómo la traducción se convirtió en parte del programa de construcción cultural de las naciones que pocas décadas atrás se habían sacudido el yugo colonial. De ahí que podamos afirmar que una sociedad que traduce no es, *a priori*, como podría creerse, una sociedad que depende de lo que otras producen, sino que es una sociedad dinámica, abierta al exterior. Su creatividad se manifiesta sin duda en producción propia, pero su voracidad intelectual y capacidad de asimilación de lo exterior se expresa en las traducciones: en la selección de textos para traducir, en el número de ellos, en los autores, en las estrategias de traducción empleadas, en la calidad de las mismas, en la finalidad que con ellas se persigue, en sus promotores. Una sociedad periférica como la chilena aprovecha la lejanía geográfica y el desinterés intelectual de Europa por lo que se hacía en Hispanoamérica para ejercer el derecho de apropiarse, siempre en función de sus necesidades, reales o presuntas, de sus creaciones intelectuales.

La traducción es, además, la forma de adquisición por excelencia: adquisición no sólo de contenidos, materia, ideas, sino de formas, géneros, estilos, gustos. La selección de autores, temas y géneros que se traducen, y la omisión implícita de otros permite seguir los derroteros intelectuales de una época o de una nación. El consumo intelectual de una sociedad, que se alimenta de obras extranjeras (traducidas o leídas en lengua original), y de obras locales, se completa con las traducciones. Su presencia es rara vez fortuita. Promovidas o no por instituciones, suelen obedecer a las mismas fuerzas sociales que instigan la producción de otros tipos de textos, y, por lo tanto constituyen también una representación de la sociedad. Además, por su carácter de reproductoras de otros textos, a los que la mayoría de los lectores no tiene acceso, implican la posibilidad de adueñarse de materiales y estilos ajenos, sea adecuándolos a lo que en la sociedad receptora es admisible, pensable o decible, sea aprovechándolos para introducir innovaciones. Por eso podemos utilizar las traducciones como una de las puertas de entrada a la historia intelectual.

³² Sarmiento, D. F. (ver nota 29), p. VI (el subrayado es nuestro).

Determinar las necesidades intelectuales que satisfizo la traducción en Chile en el periodo de referencia rebasa por mucho el ámbito de nuestro estudio. Deberíamos agrandar el objetivo e incluir, en un lugar muy principal, el estudio de las traducciones de la prensa, que está por hacerse. La traducción en la prensa, tanto por las características de ese medio como por su importancia crucial en el periodo de referencia, nos daría la medida del consumo “en tiempo real” de las producciones intelectuales en otras lenguas. Si bien la mayor parte de los libros traducidos en Chile tenían sus originales a pocos años (cuando no meses) de distancia, lo que indica el poco retraso con que circulaban estas producciones, la traducción en la prensa, que tenía sus originales en la prensa extranjera, o en fragmentos selectos de obras publicadas, sería mucho más ilustrativa de esta inmediatez de consumo. Además, deberíamos profundizar en la historia del libro y la lectura, incluso en las formas de leer, para aquilatar el impacto social de las lecturas, obtener datos precisos sobre la razón de traducciones a obras originales, sobre la importación de libros en idioma original y en traducción³³, y, desde luego, sobre el grado de circulación de libros en el continente y la similitud o disparidad de intereses en cuanto a autores o temas de traducción. Es ilustrativo, por ejemplo, saber que entre 1820 y 1860 hubo libros que se tradujeron al mismo tiempo en México y en Chile, es decir que aunque al parecer no había circulación de libros entre ambos países, había sintonía de intereses: autores como Alphonse de Lamartine, François Guizot, Hugo Blair, el padre Henri-Dominique Lacordaire, temas como las polémicas dentro del catolicismo sobre las bulas papales, o entre católicos y protestantes, figuran en la lista común de traducciones³⁴.

En cuanto a los libros que se importaban, los folletos publicados por diversas librerías de Santiago para anunciar saldos, “baraturas” o “realizaciones” de libros, folletos de los que existen diversos ejemplares en la Biblioteca Nacional, indican la importancia y magnitud de estas compras, así como los intereses de lectura. Así, tenemos que en 1869 la Librería Universal, de Emilio Guy, ofrecía traducciones extranjeras de obras de Bourdon (aritmética), Fénelon (educación), Gauthier (geografía), Bonille (urbanidad), Edwards (zoología), Filangeri (legislación), Carramolino (derecho canónico), Despretz (física), Hutin (fisiología), Girardin (química), Croizet (historia), además de novelas de Féval, Dumas y Chateaubriand. Pero es muy ilustrativo de la capacidad existente en Chile de

³³ Trabajo que hace en parte Bernardo Subercaseaux en su obra antes citada: *Historia del libro en Chile*. (*Alma y cuerpo*).

³⁴ Véase Connaughton, Brian, “Voces europeas en la temprana labor editorial mexicana, 1820-1860”, *Historia Mexicana*, Volumen LV, número 3, enero-marzo 2006, El Colegio de México, pp. 895-946. Agradezco a Carlos Marichal, de El Colegio de México, haberme facilitado este dato.

lectura en idioma original el hecho de que en francés se ofrecieran tratados de agricultura, ciencias de la educación, artes y oficios, ciencias aplicadas, geografía, higiene, fisiología, derecho y jurisprudencia, medicina, física y química, y en inglés de medicina. También en idioma original se vendían novelas de Zola, Mme. de Stäel, Mernau, Delauney, Féval, Sue, Ponson du Terrail, Rosselet y Viard. La oferta de ensayos de Proudhon (*Résumé de la question sociale, Idées révolutionnaires*), Quinet (*Le jésuite*), Lamartine (*Les grands hommes de l'Orient*), obras de Rousseau, de Sacy, Guizot, Hugo, Tocqueville y Lamennais en francés nos confirma que había en Chile un sector de la población que podía leer en lengua original obras de pensamiento que hacían polémica en Europa en los mismos años³⁵.

Aunque no podamos en este momento hacer un análisis de las contigüidades y de la relación intertextual que puede haber entre obras originales chilenas, traducciones extranjeras, traducciones locales y obras extranjeras no traducidas, un panorama general de los temas abordados en el corpus de traducciones podrá orientar, o por lo menos, incitar, futuras investigaciones de este tipo.

Habiendo clasificado el conjunto de traducciones por géneros, hemos determinado que prácticamente la mitad del registro está compuesta por traducciones de literatura (novela, teatro, poesía, ópera y teatro lírico, historia y biografía literaria). Luego, en proporción similar, entre 13 a 14% cada uno, tenemos los siguientes tres géneros: 1) obras religiosas (devoción y manuales de órdenes religiosas, 2) ciencias y ciencias aplicadas (divulgación, técnicas, artes y oficios y deportes), 3) obras pedagógicas (manuales y tratados destinados a todo tipo de instituciones educativas). La obra ensayística (polémicas ideológicas y religiosas, derecho y economía, instituciones de otros países) y las obras de historia y filosofía (historia y biografía política, tratados de filosofía) constituyen, respectivamente, un 6% y un 4% aproximado del registro.

³⁵ No debía tratarse sólo del sector de los extranjeros avocados en Chile, sino también de la oligarquía local. En el prólogo antes citado, Sarmiento declara: "los hombres de América del Sur se muestran por lo comun casi indiferentes a todas estas cuestiones [la falta de libros traducidos], ya que con la posesion de los idiomas vivos, sus bibliotecas estan atestadas de los mejores libros que producen los ingenios de Francia, Inglaterra i Estados Unidos, siendo cosa de regla en las librerias publicas, cual si fueramos un pueblo poligloto, ostentar a la par sus catalogos de libros en frances, en ingles i en castellano..." (p. VII)

CUADRO 1 – TOTAL DE TRADUCCIONES POR TEMA

Temas	Traducciones
<i>Ciencias aplicadas</i>	212
<i>Ensayo y polémicas</i>	103
<i>Historia y filosofía</i>	63
<i>Literatura</i>	818
<i>Pedagogía</i>	222
<i>Religión</i>	225
Total	1643

La producción por años es muy variable, de menos de cinco por año entre 1820 y 1840, hasta 46 traducciones en 1883, 43 en 1895 y 44 en 1906, que son los años más fecundos, impulsados por el auge de la novela y la afición a la ópera. Las muchas razones posibles de la variabilidad, entre ellas el hecho de la producción editorial incipiente durante los primeros veinticinco años del registro, lo relativamente modesto del universo y el hecho de que están catalogadas indistintamente primeras ediciones y reediciones, impiden aventurar conclusiones tajantes a partir de los números. Sin embargo, como veremos a continuación, se pueden corroborar algunos rasgos sobresalientes, como el gran auge de las traducciones de literatura en el último cuarto de siglo y la constante preocupación pedagógica.

CUADRO 2 – PRODUCCIÓN DE TRADUCCIONES POR TEMAS (1860-1909)

	1860- 1869	1870- 1879	1880- 1889	1890- 1899	1900- 1909
<i>Ciencias y ciencias aplicadas</i>	10	23	29	39	46

<i>Ensayo y polémicas (religiosas y políticas)</i>	18	16	12	9	17
<i>Historia y filosofía</i>	6	2	4	9	5
<i>Literatura</i>	70	59	156	159	138
<i>Pedagogía</i>	36	33	33	9	29
<i>Religión</i>	19	29	35	43	31
Totales	159	162	269	268	266

En el cuadro 2 hemos concentrado en franjas de diez años la producción por temas durante el periodo central que abarca la *Biblioteca*, cuando está ya consolidada la actividad editorial en el país. Si bien con esta división no se pueden percibir, por ejemplo, la menor actividad de traducción durante los periodos de la Guerra del Pacífico (1878-1880) y de la Guerra Civil (1890-1891), en que la publicación de traducciones desciende a la mitad respecto de los demás años, se advierte la tendencia al ascenso constante en el número de traducciones de ciencias y ciencias aplicadas, que ilustra el interés por consolidar la cultura científica nacional y las artes militares, y el auge general en el último cuarto de siglo, por el despliegue de la producción de literatura ligado al crecimiento de la clase media y de la lectura recreativa, sobre todo para mujeres. Observamos también que la cifra de traducciones de textos pedagógicos se mantiene constante hasta los años 1890, en que decae notoriamente. Este descenso en la publicación de obras traducidas para las instituciones de educación general será definitivo. Aunque la cifra se recupera después del fin de siglo, esta recuperación ya no es atribuible a los libros de texto para el uso en el aula, como es el caso de las traducciones promovidas por los propios gobiernos en el periodo 1860-90, sino a una miscelánea compuesta de manuales de deportes, algunas obras para aprendizaje de oficios, y textos de formación pedagógica.

Por otra parte, el ascenso sensible en el número de traducciones de carácter religioso, que se advierte a partir de 1885, podría aportar un dato a la hipótesis de Serrano y Jaksic³⁶ del fortalecimiento de las redes católicas después de la promulgación de las leyes laicas entre 1883 y 1884.

Un repaso a los títulos traducidos pone de manifiesto que en las traducciones registradas por Medina está la huella de las controversias que cruzaron el horizonte intelectual durante el siglo que abarca el registro: a los temas de polémica como el darwinismo o la esclavitud se dedicaron dieciocho traducciones (véase, por ejemplo, las polémicas entre creacionistas y evolucionistas en las entradas 337 y 960); cincuenta y ocho entradas corresponden a obras sobre polémicas religiosas, como las de la defensa de la libertad de religión y el protestantismo (entradas 429, 202, 327, 561); están presentes las controversias sobre la enseñanza oficial (entrada 1190), el tema de la masonería (entradas 426, 438), el interés por el esoterismo, que está representado en dieciséis entradas (véase, por ejemplo, la entrada 978), la polémica de los privilegios reales sobre los pontificios (entrada 137), la controversia en torno a los jesuitas (entradas 1019 y 443).

En cuestión de divulgación científica y médica tenemos 64 traducciones, particularmente sobre los adelantos en materia de salud e higiene (véase entradas 63, 371, 635) entre los que figura incluso un tratado sobre el aborto, curiosamente titulado *El amor económico*. También tenemos traducciones dedicadas a las innovaciones científicas, como la telegrafía sin hilos (entrada 1106), el modo de prevenir las tempestades (entrada 1110) y las erupciones volcánicas (entrada 524). Se publicaron traducciones de informes sobre obras de ingeniería, seguramente encargados por los gobiernos a especialistas extranjeros (entradas 159, 859). A caballo entre la divulgación científica y la pedagogía no podemos dejar de mencionar las traducciones de D.F. Sarmiento sobre física y descubrimientos modernos (entradas 100, 148), que conocieron varias reimpressiones.

Los manuales prácticos de contabilidad, carpintería, labranza, horticultura, dibujo lineal, topografía, así como en materia vitivinícola (entradas 227, 835, 191, 1089) forman parte de las adquisiciones por vía de la traducción, así como varios manuales sobre deportes, como el boxeo y la esgrima, y suman un total de 42 entradas. El interés por la economía y el derecho internacional se ilustra en un conjunto de trece traducciones, entre

³⁶ Serrano, Sol y Jaksic, Iván (2000), "El poder de las palabras: la Iglesia y el estado liberal ante la difusión de la escritura en el Chile del siglo XIX", *Historia (Santiago)*, v. 33, p.435-460.

ellas manuales de derecho internacional público y marítimo, y un tratado de economía política, obra de Jean Gustave Courcelle-Seneuil, traducido por Juan Bello.

En materia militar y naval tenemos 102 traducciones, concentradas sobre todo a partir de la última década del siglo XIX, entre las que destacan las derivadas de la presencia alemana en el ejército, destinadas a la formación de los cuerpos de infantería y caballería. También se traducen textos sobre instituciones de otros países (17 traducciones), presumiblemente para servir de modelo a las propias, como es el caso de las cárceles (entradas 46 y 1034) o los servicios de higiene pública en París (entrada 884). Son 28 traducciones las que tratan de descripciones de Chile, y entre ellas nos parece de particular interés *El porvenir en Chile de los Emigrantes Europeos*, obra destinada al fomento de la inmigración (entrada 665). El resto son principalmente relatos de viajes y descripciones geológicas y geográficas del país. Las obras de historia y biografía política, muchas de las cuales se tradujeron por orden del gobierno para las Bibliotecas Populares, son 49, entre ellas varias biografías escritas por Alphonse de Lamartine, y la vida de Franklin, por Mignet, que fue reeditada varias veces. Figuran varias traducciones de obras históricas de François Guizot, una reimpresión de una traducción de la *History of the Conquest of Peru*, de William Prescott, y una versión al parecer muy adaptada de *Le Robertson de la jeunesse*, de Henri Lebrun.

La producción novelística traducida representa el corpus más extenso del registro, con 507 entradas, entre las que destacan evidentemente las obras de los hermanos Dumas y Eugène Sue, así como de Julio Verne, Victor Hugo y Mme. de Staël. El grueso de este corpus lo constituyen sin embargo obras de autores secundarios, casi desconocidos hoy, aunque en su tiempo fueron muy leídos: Georges Ohnet, Paul de Kock, los hermanos de la Rosière, Jules Sandeau, Émile Souvestre y Émile Gaboriau, entre otros. Traducciones anónimas en su gran mayoría : 344, muchas provienen de la península, como sucede con las firmadas por Nemesio Fernández Cuesta, Emilio Sánchez de la Riva, Domingo de Santoval y Miguel Bala, que se reimprimieron en Chile y que figuran en el registro de Medina como chilenas³⁷, pero las hay también chilenas, hechas especialmente para los folletines de diversos periódicos nacionales. A caballo entre la historia y la ficción, tenemos los éxitos varias veces reeditados del cardenal Wiseman (*Fabiola*), Lewis Wallace (*Ben-Hur*) y Sienkiewicz (*Quo Vadis?*).

³⁷ España firmaba contratos de derechos de traducción y publicación para toda América con los autores extranjeros, lo que podría explicar la aparición de tantas ediciones “pirata” en las que se obviaba el nombre del traductor para disimular el engaño y evitar posibles reclamaciones. Según Lagos, estas prácticas irregulares llegaron a provocar incluso un embargo a las compras de salitre por parte de España (Lagos, op. cit., p. 28).

En cuanto a géneros literarios, le siguen en número la ópera y el teatro lírico, con más de doscientas entradas, muchas de ellas correspondientes a reimpressiones o retraduccion, como es el caso del *Rigoletto*, del que hay cinco ediciones (años 1865, 1882, 1895, 1919 y 1923), y otras, como *Los Hugonotes*, *La Judía* o *La Africana*, que también fueron reeditadas en varias ocasiones, siempre anónimamente, y no siempre en versión íntegra.

Quizás el corpus más revelador del espíritu educativo e instrumental de la traducción es el que comprende las traducciones de obras de carácter estrictamente pedagógico, que se despliega a razón de tres o cuatro traducciones por año entre los años 1840 y 1890. La creación y modernización de instituciones educativas reclamó un esfuerzo de importación de manuales de estudio, a lo que se dedicó la Universidad de Chile, como encargada de la organización de las actividades educativas del país desde su fundación, en 1843. En sus anales constan regularmente peticiones de adquisición de obras extranjeras y solicitudes de autorización para la traducción de obras destinadas a la docencia.

Así, pues, encontramos en Chile una práctica de la traducción que pulsa toda una variedad de registros y temas. Además, gran número de libros traducidos o reimpresos en Chile son obras contemporáneas. El hecho de que en Chile se traduzcan o reimpriman libros apenas salidos de la imprenta en sus lenguas de origen es indicativo del grado de sintonía con lo nuevo y pone en tela de juicio nociones de secundariedad, falta de originalidad o servilismo respecto de las creaciones europeas.

No podemos terminar esta rápida reseña sin referirnos a la primera traducción chilena, de 1820, o sea, a pocos años de establecida la imprenta en el país. Se trata de una obrita publicada en la imprenta "de los ciudadanos Vallés y Vilugrón" titulada *Diccionario portátil filosófico-político-moral, Obra útil y provechosa a las personas de cualesquiera opinion política que aspiren a figurar en el mundo por principios de una educación a la dernière*. Tenemos ahí un original disfrazado de traducción, cuyo autor se esconde tras el burlón apelativo de Barón de Bribonet, de la Sociedad Regia de Brutemburgo. Aunque de tamaño mucho más modesto, por el título y la forma en que está construido se inspira probablemente en el *Dictionnaire philosophique portatif*, de Voltaire (1764), y pertenece al género de vocabularios que circularon en Europa, en francés y otras lenguas, para la educación del ciudadano liberal o para satirizar o condenar las ideas liberales en boga. En esta aportación autóctona al género encontramos definidos, al modo volteriano, términos como "verdad", "aristócratas", "hipocresía" "agradecimiento" y "América", aderezados de ataques a España y a los "chaperones", y referencias a Chile y a su contexto político. Si bien en el tono cáustico y en la selección de términos se parece al

diccionario original, no debemos dejar de observar el doble juego por el que se reverencian las ideas liberales y al mismo tiempo se ridiculiza el afrancesamiento de las costumbres locales, como puede leerse en la referencia burlesca a la “educación a la dernière” en el título.

Estos juegos y falsedades: la seudotraducción, el falso autor, el traductor anónimo, el título tergiversado, en una obra disfrazada de auténtica, muestran el potencial que encierra la traducción como vehículo ideológico, al amparo de la representación que de ella se hace el imaginario colectivo, que la considera a la vez fiel y falaz, transparente y opaca. Por otra parte, en el plano material, estrictamente técnico, la traducción, por tratarse sin duda de una de las transformaciones más radicales que, al abrigo de sospechas, puede sufrir un texto, permite la transmisión subrepticia de idearios más sutiles. Su carácter experimental, concreto, de reescritura que implica abrir y manipular la obra so capa de repetición textual, ofrece la posibilidad de inocular en ella ideas nuevas. Por sorprendente que parezca, las ideas ortográficas se encuentran también vinculadas en la traducción en el caso chileno.

ORTOGRAFÍA Y TRADUCCIÓN

Como ya hemos señalado, Medina ingresó la información de la portada de cada libro, respetando la ortografía, como es costumbre en la disciplina bibliográfica, y marcando ocasionalmente con un *sic* las erratas o desviaciones que consideró que lo merecían. Tenemos como resultado una gran variedad ortográfica desplegada a lo largo de la *Biblioteca*. Alternan ejemplos redactados en ortografía académica con otros en ortografía reformada (*El gentil-hombre pobre, Catecismo de mistos i municiones*), y aun con otros en ortografía “rrazional”³⁸ (*El kuerbo, La kerida, Esposizion elemental de los prinzipios fundamentales de la Teoría Atómica*). Hay que señalar, por otra parte, que también se naturaliza la ortografía de los nombres propios extranjeros al hispanizarlos, como era entonces habitual (Eugenio Sue, Jorje Ohnet). Estas variaciones, lejos de estorbar, constituyen un dato de gran interés que determinó, a fin de cuentas, nuestra decisión de no modernizar la ortografía en esta reedición y de corregir sólo lo accesorio a fin de no

³⁸ *La ortografía rrazional* fue la obra con la que Karlos Cabezón trató de difundir sus ideas ortográficas. Según él era precisa “una kabal correspondencia entre los sonidos o letras ke an de rrepresentarlos, por manera ke a kada sonido elemental corresponda invariablemente una letra...”. Cabezón, Karlos (1909), *La ortografía rrazional*. Killota: sin ed., p. 7.

neutralizar las diferencias ortográficas. Nos sirvió de guía la obra de Lidia Contreras³⁹ en la que se exponen las fuentes documentales para las muy particulares ideas ortográficas que proliferaron en Chile precisamente durante la época que abarca nuestro registro. En efecto, el periodo censado por Medina coincide casi año por año con el que va desde la publicación de las *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América*, en Londres, en 1823, obra del venezolano Andrés Bello y el colombiano Juan García del Río, hasta el decreto del gobierno de Chile, de 1927, por el que se pone término al siglo de polémicas que siguió a esa publicación sobre la conveniencia de una nueva ortografía y el grado de simplificación ortográfica que debía adoptarse. La representación que de sí misma se hacía la nación y, por la vía de Chile, del español que debía escribirse en Hispanoamérica está codificada en las reformas ortográficas propuestas primero por Bello y García del Río, y radicalizadas por Sarmiento⁴⁰. El contencioso ortográfico se despliega en la prensa y los foros eruditos chilenos a lo largo de unas doce décadas, en una riqueza fenomenal de tonos y matices: ideológico, académico, satírico y jocoso.

De las facetas de esta polémica, una nos es particularmente significativa. En Sarmiento está expresada una rebelión que habrá latido en otros corazones: ¿en qué lengua podría expresarse una población entera que acababa de romper con España? ¿podía conformarse el americano con seguir expresándose en la lengua de la colonia? ¿qué lengua materna tendrían los que habían expulsado a la madre patria, los que habían renegado de ella? ¿no era una claudicación admitir como propia la lengua de los conquistadores? Si la lengua es lo que más nos identifica como grupo humano, ¿cómo marcar en la lengua la nueva identidad, la identidad americana?⁴¹.

En Sarmiento está la conciencia clara de que no sólo se tenía que definir en qué lengua había que escribir y hablar, sino en qué lengua se acogerían las nuevas ideas. Radical en sus expresiones, Sarmiento declaraba en su exilio en Chile que no había lengua materna a la que verter lo que venía de fuera, y que había que crearla. La polémica por la

³⁹ Contreras, Lidia (1993) *Las ideas ortográficas en Chile*, Santiago: DIBAM-Instituto de Investigaciones Diego Barros Arana.

⁴⁰ Un análisis conciso e incisivo de la relación entre gramática y nación se encuentra en Jaksic A., Iván (2001), *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago: Editorial Universitaria. Véase en especial pp. 174-187.

⁴¹ Los estudios postcoloniales, en particular los referentes a las antiguas colonias inglesas y holandesas, han puesto de manifiesto la relevancia del tema lingüístico en la identidad post-colonial. Mucho menos atención ha concitado este tema en el caso hispanoamericano, en virtud de la adopción casi universal de la lengua de la metrópolis. Agradecemos a la lingüista mexicana Bárbara Cifuentes habernos puesto sobre esta pista en comunicación personal.

ortografía será, en ese momento inicial, la lucha simbólica por una lengua materna receptiva de las novedades extranjeras (y quizás sólo entonces, ya que de la polémica ideológica se pasará rápidamente a la discusión académica, y Bello y García del Río abandonarán sus posturas para, según Sarmiento, pasarse “al bando de la rutina irracional de la ortografía dominante”⁴²). En una de sus cartas al escritor y traductor español Rafael Minvielle, radicado en Chile y quejoso de la vehemencia de los ataques de Sarmiento contra la madre patria⁴³, Sarmiento lo fustiga, a él y a sus “respetables concolegas”

“a vencer sus escrúpulos y formular decididamente una ortografía exacta, buena y fácil para leer y escribir con ella, sin andar consultando a la Academia, que nadie consulta, porque está muda, porque está tocada de marasmo, de inanición incurable, y porque para traducir al castellano, mejor es traducir con una ortografía racional, que con esa madeja sin cuenda, ese caos de la ortografía actual”⁴⁴.

Y, congruente, así traduce Sarmiento la obrita de religión destinada a las escuelas del país, *Vida de Jesucristo, con una descripción sucinta de la Palestina*, de original desconocido, y que fue reeditada varias veces en el periodo de referencia:

“El nombre de Palestina le viene de los filisteos qe ocupaban una parte de él. También fué llamado Pais de Canaan, del nombre de Canaan, ijo de Cam; Judea, por la mas considerable de las tribus de Isrrael, de donde a venido el nombre de judios qe damos a sus abitantes; Tierra Prometida porqe Dios abia prometido...”⁴⁵

Sarmiento aprovecha de esta forma la necesidad de traducciones para inocular en ellas su representación de la lengua materna, cosa que repetirán algunas décadas

⁴² Contreras, *op. cit.*, p. 47

⁴³ La polémica entre ambos se ventiló entre el 24 y el 31 de octubre de 1843, en la *Gaceta del Comercio*, Santiago.

⁴⁴ Contreras, *op. cit.*, p. 45, cursivas en el original. Adviértase que también en Sarmiento hay vacilaciones ortográficas.

⁴⁵ Anónimo (1844) *Vida de Jesucristo, con una sucinta descripción de la Palestina* (trad. D.F. Sarmiento). Santiago: Imprenta del Progreso. Enrique Nercasseau, en un discurso de 1884 en contra de las ideas de Sarmiento y a favor de la ortografía académica, observa que los libros impresos desde 1843 hasta 1846 en Chile “llevaban el sello de esta escritura sin haches i sin ues mudas” (Contreras, *op. cit.*, p. 179).

después otros radicales, los neógrafos, que reprodujeron en su peculiar ortografía la traducción del poema de Edgar Allan Poe, *The Raven*, hecha por el venezolano J.A. Pérez Bonalde, que está identificado en esta edición de 1895 como "Individuo korrespondiente de la Rreal Akademia Española". La portada informa asimismo que se trata de una "tradukzion direkta del ingles" y "edizion akompañada del testo ingles"⁴⁶. Ahora bien, no sólo la literatura se presta para la militancia ortográfica, sino también la divulgación científica: la *Esposizion elemental de los prinzipios fundamentales de la Teoría Atómica*, en "bersion qastellana de Manuel A. Délano sozio onorario del Qolejio de Farmazeutiqos de Madrid, Miembro de la Soziedad Zientífica de Chile", publicada en 1893⁴⁷, es un curioso caso que prefigura la posibilidad real, palpable (no sólo ideal), de una nueva normalidad, en una lengua distinta.

Al amparo del ideal de equivalencia, la traducción constituye, pues, una herramienta eficaz para operar cambios en la lengua de llegada. Sabíamos que las lenguas se han modificado en aspectos de estilo y léxico por la vía de las traducciones, pero el proyecto de Sarmiento de creación de una lengua materna a la cual traducir por medio de la simplificación ortográfica, y la adopción y radicalización de sus ideas por otros autores y traductores, es un hecho absolutamente inédito. La *Biblioteca chilena de traductores*, con su exhibición de propuestas, vacilaciones y extravagancias ortográficas, desplegadas a lo largo de diez décadas, es testimonio de ello.

En ningún otro país tuvieron tanto eco las ideas ortográficas. Aunque hubo reacciones a favor y en contra en España, México y otros países latinoamericanos⁴⁸, sólo en Chile parecen haber causado tanto revuelo y desorden, durante tanto tiempo. Según Enrique Nercasseau, uno de los discrepantes, era "vicio peculiar hoi dia, por desgracia nuestra, solo de Chile i de alguna que otra provincia de la República Arjentina"⁴⁹. Tanto era así que en ese mismo año (1874), cuando Rufino Cuervo quiso reproducir en Colombia la gramática de Andrés Bello complementada con notas suyas, como sólo corrían impresiones hechas en Chile, país de origen de la edición, pidió a los editores "ponerla en la ortografía adoptada por la mayor parte de los pueblos que hablan castellano", ya que

⁴⁶ Ver entrada 966.

⁴⁷ Ver entrada 883.

⁴⁸ En Colombia la ley que dispuso la adopción oficial de la ortografía académica es de 1882. Antes, las discrepancias políticas entre conservadores y liberales parecen haberse reflejado en las ortografías que cada grupo usaba en sus escritos (véase Contreras, *op. cit.*, p. 196).

⁴⁹ Citado en Contreras, *op. cit.*, p. 145.

había sido impresa “en la ortografía casera usada en el país en que la sacó a luz”. Los editores, señala Rufino Cuervo “tuvieron la benevolencia de acceder a mis deseos, a pesar de no ser ésta la que siguen en las obras que imprimen por su cuenta”⁵⁰.

Pellizcadas un poco al azar, la seudotraducción del Barón de Bribonet, de la Sociedad Regia de Brutemburgo, primera traducción chilena, y la traducción pirata de los neógrafos nos muestran la heterogeneidad de formas que adopta el fenómeno cultural de la traducción al impregnarse de contenidos ideológicos. En el caso del *Diccionario filosófico portátil* tenemos, como hemos visto, una amalgama de representaciones encontradas: la primera parte del título remite sin lugar a dudas al diccionario voltairiano homónimo, pero la segunda parte, al igual que el nombre del pseudoautor y su filiación, nos aterrizan de lleno en Chile, en la parodia de las modas francesas. Si bien desconocemos el contexto en que se fraguó la reproducción de *El Cuervo*, el prestigio del autor del poema se suma al prestigio del poeta Pérez Bonalde que, habiendo muerto tres años antes, no puede haber autorizado tal manipulación, para legitimar simbólicamente el experimento neográfico. Queda oculto el autor de la trampa, seguramente Carlos Newman, promotor y mecenas de las iniciativas de la reforma ortográfica. En polémicas que podrían haber traído algunos sinsabores a sus protagonistas, el dispositivo de la seudotraducción los exime.

CAZADORES DE LIBROS

A falta de registros, no nos es posible realizar un trabajo comparativo para determinar si la producción de traducciones chilena en ese siglo que abarca la *Biblioteca chilena de traductores* fue, en términos relativos, mayor, menor o equiparable a la de otros países latinoamericanos. Nos inclinamos a pensar que, en general, debió ser equiparable, en vista del clima de apertura general y de búsqueda de modelos en los países que representaban vanguardias ideológicas y estéticas. También el siglo XIX fue un siglo traductor en España, y por razones parecidas a las que encontramos en América. A este respecto, en la misma carta antes citada, Sarmiento le recuerda a Minvielle que América no podía esperar nada de España, al igual que la España literaria del XIX no podía sino traer lo que otras lenguas y naciones producían, como bien había dicho Mariano José de Larra: “lloremos, y traduzcamos ... y en este sentido demos todavía las gracias a quien se tome el trabajo de ponernos en castellano lo que otros escriben en las lenguas de

⁵⁰ Véase la introducción a sus *Notas a la gramática de la lengua castellana de D. Andrés Bello*, en R. J. Cuervo, *Obras*, Tomo I, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1954, p. 911.

Europa". Ése parece haber sido el espíritu colectivo con el que se emprendieron también las traducciones en Chile. Sigue Sarmiento en esa carta:

"¿Sabe usted que los que nos dedicamos a la enseñanza, y queremos suministrar alguna idea que esté de acuerdo con lo que se sabe y enseña en Europa, sobre legislación, derecho, cosmografía, jeología, [...] ... y aun gramática, tenemos que andar a la caza de libros, traduciendo, haciendo extractos [...] porque no hai nada en castellano, o mui poco..."⁵¹

Ir a la caza de libros es, efectivamente, el ánimo que se trasluce en la historia de la traducción chilena de ese periodo. Los *Anales de la Universidad de Chile* lo ilustran cabalmente al registrar las autorizaciones para traducir obras destinadas a la enseñanza y los permisos de viajes al extranjero con el encargo específico de traer libros para el estudio de las ciencias y las humanidades. Cazador, traducir, extractar... es decir, naturalizar y seleccionar del libro extranjero lo que el país necesita. El libro ajeno es pretexto para decir cosas que el país necesita oír. Por eso se traduce corrigiendo, aumentando, censurando, obviando incluso el nombre del autor original, o de la obra original. De *La conciencia de un niño*⁵², el librito que tradujo Sarmiento del francés, y que fue lectura obligatoria de las escuelas primarias en Chile y Argentina, no tenemos rastro de quien fue el autor. Fue cazado, devorado y regurgitado por Sarmiento con la intención de hacer de él un texto escolar. La traducción etnocéntrica es ésta: es el original el que se vuelve secundario; puede incluso no ser fiel a la traducción, como diría Borges.

En 1857, con el título de *Compendio de la Historia de América: desde la conquista hasta nuestros días*, seguido de la explicación "Completamente refundida en la parte de la Independencia y seguida de un bosquejo de la historia particular de Chile", Orestes León Tornero compendia, traduce, corrige, sustituye y agrega capítulos a *Le Robertson de la Jeunesse*, de Henri Lebrun, original de 1838, sin mencionar el nombre del autor. Todo parece indicar que esta obra haya sido el punto de partida, aunque, por lo que indica en el prólogo, es posible que haya tomado extractos también de J. H. Campe, autor de un tratado de historia de fines del XVIII: *Découverte de l'Amérique*, así como de las obras de William Prescott, el insigne historiador. Es evidente que no resultaba extraño este pillaje de materiales ajenos por el traductor, ya que lo explica él mismo en el prólogo:

⁵¹ Contreras, *op. cit.*, p. 44-45.

⁵² Anónimo (1844) *La conciencia de un niño* (trad. D. F. Sarmiento) Santiago: Imprenta del Progreso.

"Distrayendo todos los días algunos momentos de mis habituales ocupaciones, logré llevar a cabo la traducción de Robertson, pero durante el curso de mi trabajo pude observar que la obra no era tal como yo lo deseaba, y a pesar del poco tiempo de que podía disponer y de mi inexperiencia en esta clase de trabajos, emprendí la tarea de completarla del mejor medio que me fuese posible. Algunas reformas introducidas en el texto siguiendo a Prescott y otros autores, la parte de la historia de la independencia completamente refundida y aumentada y un bosquejo de la historia de Chile, han sido el fruto de estas labores"⁵³

Sería preciso realizar un cotejo de estas obras para determinar el grado de correspondencia existente entre la traducción y su posible original u originales, así como las desviaciones posibles y su intencionalidad; por lo pronto, poder contar con un prólogo de traductor tan elocuente en cuanto a los métodos seguidos nos permite entender que el espíritu en que se emprendían las traducciones era muy distinto del que se considera hoy regular.

A veces son los editores o comentaristas de las obras quienes nos ilustran sobre los modos de apropiación, como en este prólogo de la traducción del *Der kleine oekonomist*, en que se hace patente la facilidad con que se podían combinar textos al amparo de la traducción: "... esta parte de la enseñanza sería, por tanto, la de resultados más prácticos i más inmediatamente útiles, i así es que bien podría agregarse a la traducción de Otto Hubner un capítulo sobre tal objeto, tomándolo si se quiere del curso de economía política de Courcelle Seneuil o de otro escritor igualmente acreditado"⁵⁴.

Nada más lejos, pues, de uno de los aspectos del imaginario de la traducción: el respeto a la obra original en toda su integridad, y de fidelidad a sus contenidos y formas. El texto de partida sirve de punto de arranque de un diálogo que puede convertirse en conversación con varios interlocutores, no siempre identificados. El traductor es no sólo interlocutor sino promotor y moderador en estas conversaciones, de las que hemos identificado varias en el registro con el nombre de traducciones-compilaciones.

⁵³ Lebrun, Henri (1857) *Compendio de la Historia de América : desde la conquista hasta nuestros días* (trad. Orestes León Tornero) Valparaíso: Imprenta del Mercurio.

⁵⁴ Hubner, Otto (1866), *El pequeño economista*, (trad. Domingo del Solar), Santiago: Imprenta de la Unión Americana de Castro y Ahumada.

Tampoco la práctica observada en muchas traducciones del registro concuerda con otro de los aspectos del imaginario de la traducción: el de la invisibilidad del traductor, su carácter supeditado, ancilar, respecto del autor del original.

Como ya hemos dicho, no se mencionan los autores en muchas traducciones; en cambio, no es poco frecuente encontrar el nombre del traductor en la portada, en el lugar que ocuparía el nombre del autor, y en caracteres tipográficos que normalmente corresponden al autor. Porque el traductor fue en ese siglo una parte importante del proceso de publicación. Actividad todavía poco profesionalizada, formaba parte de la praxis intelectual de muchos hombres y, en términos relativos, de mujeres, que destacaban en las letras, la política, la tribuna y la pedagogía⁵⁵. Colectivamente, constituyen la élite intelectual del país, la avanzada pedagógica, impulsada unas veces por ideales individuales, y otras por los proyectos gubernamentales de alfabetización y procuración de lecturas para la nueva sociedad chilena. Lejos de ocultarse tras el autor y la obra original, como les corresponde a los traductores en el imaginario de esta profesión, a fin de no opacar el brillo del original, en el registro tenemos sobrada evidencia de su protagonismo. Se hacen portavoces de un discurso social caracterizado por la utilidad, como puede leerse en sus prólogos, en los que se revela la intencionalidad del proyecto de publicación. En ellos el traductor hace explícitos los designios de la traducción y sus destinatarios: “que la lectura de esta historia sirviera para hacer apreciar a todo chileno el inmenso beneficio que nos ha concedido el cielo haciendo que reine sin rivales en nuestra amada patria la santa religión católica”, dice el traductor anónimo de la historia de una persecución religiosa (entrada 50). En el prólogo a su traducción de la *Guía del instructor para la enseñanza del soldado en 30 días*, Justo Arteaga, el traductor militar se propone “propagar ese espíritu belicoso a que debemos nuestras glorias y engrandecimientos... inculquémoslo a la juventud para que pueda conservar el sagrado depósito de la independencia nacional” (entrada 40); Andrés Antonio de Gorbea, el traductor matemático, dedica su traducción del *Curso completo de matemáticas puras* (entrada 13) “a la estudiosa juventud chilena”; Juan María Gutiérrez, que traduce la biografía de Franklin para las Bibliotecas Populares, señala a su lector que en el libro “... hallará la historia de un pueblo que desde la abatida condición de colonia, supo hacerse independiente, resucitar los derechos olvidados del hombre i darse leyes dignas de imitarse...” (entrada 97); el pintor Pedro Lira, traductor de las lecciones de filosofía de Hippolyte Taine, dedica la traducción “a los que creen en la influencia civilizadora de las

⁵⁵ En el registro figuran en total 445 traductores y 68 traductoras. Del total de 1643 entradas, hay 791 para las que no hemos podido identificar el traductor.

bellas artes y a los que trabajan por su difusión en nuestra patria" (entrada 374), F. Orduña dedica su *Ritual de adopción de jóvenes aprendices* "a los que aman la instrucción i educación del pueblo" (entrada 568), y "a los pueblos de Sudamérica" la traducción de la obra del excomulgado padre Chiniquy: *El sacerdote, la mujer y el confesionario* (entrada 546). La mención explícita o implícita a la patria y a los chilenos en tantos prólogos es testimonio de la existencia de un proyecto en el que parece haber habido consenso o coincidencia entre el esfuerzo educativo gubernamental y el compromiso de las élites intelectuales. En este esfuerzo, particularmente notorio en el periodo que va hasta fin de siglo, y que tiene en la llamada Generación Literaria de 1842 su momento álgido, participan no sólo intelectuales chilenos, sino de otros países, exiliados y no exiliados. Entre los chilenos, hombres de política como José Vicente Bustillos, Jerónimo Urmeneta, Francisco Solano Astaburuaga, los hermanos Amunátegui, profesores como Carlos González Ugalde, Gabriel Izquierdo, José Agustín Espinosa y Francisco Solano Pérez, militares como Justo Arteaga, literatos como Floridor Rojas, Jacinto Chacón, Francisco Bilbao, y Salvador Sanfuentes. De los extranjeros avecindados en Chile: Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento entre los más conocidos, y Clara Álvarez Condarco, y Demetrio Rodríguez Peña, entre los menos conocidos, el guatemalteco Hermógenes Irisarri, el colombiano Juan García del Río, el argentino José Dolores Bustos y los españoles Andrés Antonio de Gorbea y Rafael Minvielle. En esta fuerte presencia de la intelectualidad de la época en la labor de traducción, que no se limita a lo literario, de finalidad recreativa, sino que está comprometida con la pedagogía y la crítica, así como en el hecho de que sean las propias autoridades (los ministerios, las escuelas e institutos, cuando no los presidentes mismos) las promotoras de las traducciones, tenemos uno de los rasgos más notables de la actividad traductora catalogada en la *Biblioteca chilena de traductores*.

Los tipos de traducción que caracterizan una coyuntura cultural en la que la traducción está puesta al servicio de un proyecto determinado, como es nuestro caso, son lo que podemos llamar traducciones-adaptaciones. El traductor interpreta el texto original en función de su utilidad para el proyecto, y adopta las estrategias necesarias para que se ajuste al mismo. Habitualmente, estas estrategias consisten en ampliar o recortar contenidos (explicitaciones o censuras), familiarizar los registros (vulgarizar, popularizar), atenuar o resaltar elementos formales, entre otras, y determinan una práctica de traducción en la que el traductor está en sintonía con el lector, más atento a la recepción del texto que sujeto a la intención del autor. Se trata, pues, de una traducción etnocéntrica y naturalizadora. En las traducciones de textos no literarios es más visible que en los literarios, ya que ahí se hace explícita esta intencionalidad en los paratextos (subtítulos, prólogos o dedicatorias). Así, encontramos frecuentemente explicaciones como éstas: "traducido y aumentado" (entrada 2), "adaptado a nuestras costumbres y

creencias" (entrada 55), "considerablemente corregida" (entrada 73), "traducido y arreglado al teatro chileno" (entrada 95), "aumentado y enriquecido" (entrada 144), "arreglados para la enseñanza del ramo" (entrada 493), "con modificaciones y adiciones arregladas a las necesidades de la enseñanza en Chile" (entrada 344), "traducido [...] y, en lo posible, mejorado" (entrada 594), "modificada, corregida y adicionada" (entrada 1424). Los trasfondos ideológicos se hacen evidentes en algunas de estas explicaciones, como sería el caso del *Libro de las madres y preceptoras*, traducido de un original anónimo por Rafael Minvielle, en cuya portada se indica "traducido libremente del frances y adaptado a nuestras costumbres y creencias"⁵⁶. Otro caso, esta vez de censura religiosa, lo tenemos en la siguiente traducción anónima: *Educación de las madres de familia o civilización del linaje humano por medio de las mujeres*, obra de Aimé Martin (entrada 32), en cuyo prólogo se indica que los editores "han tenido a bien suprimir la parte religiosa que despertó tan vivamente las susceptibilidades de nuestro clero, dejando la obra en estado de ser leída por la persona más susceptiblemente católica »⁵⁷.

En la situación que describimos, las traducciones funcionan como (nuevos) originales. Los auténticos originales quedan atrás, el texto nuevo ha aprovechado lo ajeno, le ha dado tintes propios y lo ha transformado en original. Si en algún momento histórico se ha podido hablar de muerte del autor, es éste. Si hubo en la historia alguna ocasión en que se verificó el mito de que, en la tradición árabe, los originales se destruían una vez hecha la traducción, para dar nueva vida a las obras, puede haber sido éste. El desenfado con que se procede en la omisión de los autores originales en la traducción chilena de este periodo se corresponde con el que en épocas modernas se ha usado para omitir a los traductores. Si en la práctica editorial actual en el mercado de lengua española el nombre del traductor viene en páginas interiores, cuando no se omite (como es el caso habitual en las reediciones para vulgarización de clásicos de la literatura), ¿qué significado podemos darle al hecho de que el nombre del traductor sustituya al del autor en el periodo que estamos estudiando? Y, además, ¿qué significado encierra la presencia de tantos anónimos, nombres ocultos tras siglas o tras curiosas expresiones como "traducido por un joven chileno", "por una señorita", que más que hacer invisible el traductor excitan a su búsqueda, haciendo suponer que tras estas ambigüedades y anonimatos se ocultan

⁵⁶ Son sin cuenta los casos de expurgaciones ideológicas al amparo de la traducción en la historia. Los clásicos griegos fueron moralizados sistemáticamente en las traducciones de la contrarreforma, y el *Contrato Social* de Rousseau fue leído en toda Hispanoamérica en una traducción expurgada de contenidos anticlericales.

⁵⁷ R. Silva Castro, *op. cit.*, p. 154 (n. 924)

hombres y mujeres real o presuntamente demasiado prominentes para figurar con nombre y apellido? No parece existir una sola razón del anonimato en el caso de nuestro registro. Medina observa en su prólogo la existencia de tantos anónimos, y la justifica aduciendo la premura en la confección de las ediciones. Habiendo podido comprobar la cantidad de erratas que se publicaron en los nombres de los autores mismos, no podemos negar que haya casos en que haya sido así. Sin embargo, consideramos más bien que existe un conjunto de razones diversas, y que no todos los anónimos pueden tratarse de la misma manera. Hay ocultamientos deliberados, sin duda, para escapar de la censura, o soslayar los derechos de traducción, y los hay también que son sin duda rasgo de humildad, como cuando leemos “traducido por un devoto”, pero también hay formas anónimas que reflejan trasfondos ideológicos. Cuando Diego Barros Arana se identifica sólo como “un joven chileno” en su traducción *El caballero d’Harmental*, de hecho se identifica como representante de todos los jóvenes chilenos (o quizás deba entenderse como auténticamente chilenos o patriotas), de modo que se trata más bien de una “hiperautoría” que de un gesto de humildad o un ocultamiento doloso.

Como podemos ver, la respuesta a la necesidad de apropiación de contenidos formulados en otras lenguas es heterogénea. Hay traducciones originales pero también hay reimpressiones de traducciones ajenas (por lo menos una venezolana, la de Edgar Allan Poe, y muchas españolas) y entonces, casi siempre de forma furtiva. Hay heterogeneidad en cuanto a la formalidad de la apropiación: autores anónimos, traductores anónimos, seudónimos, traducciones encargadas por los gobiernos, por las escuelas, destinadas a públicos determinados. También el universo de la traducción que se despliega en este registro dista de ser homogéneo en lo estrictamente traduccional, es decir que no siempre tenemos correspondencia directa entre original y traducción. Hay traducciones indirectas, es decir, traducciones de traducciones (entrada 346, entre otras muchas), tenemos también traducciones a dos bandas, es decir, tomadas a la vez del original y de una traducción anterior, a otra lengua (entrada 667), traducciones parciales, es decir, de extractos de obras (entradas 359, 1592), traducciones compendios: varias obras o partes de obras en una (entrada 188), traducciones libres, versiones o adaptaciones (entradas 13, 55, 1112). Al amparo de la supuesta equivalencia que implica toda traducción, en realidad tenemos todo un abanico de transformaciones de textos.

Llegados aquí, nos parece apropiado enlazar nuestros hallazgos a la discusión sobre apropiación y reproducción que propone Bernardo Subercaseaux en su obra sobre

historia de las ideas y la cultura en Chile⁵⁸. Los términos de apropiación y reproducción que utiliza para entender la relación que tuvo Chile con lo foráneo tienen en traductología sus equivalentes en lo que llamamos traducción naturalizadora y traducción exotizadora. El filósofo y teólogo alemán Friedrich Schleiermacher postuló en 1813⁵⁹ que había dos formas de traducir: acercándose al autor lo más posible, respetando su idiosincrasia y haciendo que el lector se esfuerce por salir de su cultura para entender la cultura ajena, o, al revés, acercando el original al lector, supeditando la idiosincrasia del original a la de la cultura de llegada, a fin de que el lector sienta ese original como algo nacido en la cultura propia. En este caso, el de la traducción naturalizadora, prima el polo de la recepción, y son las libertades y restricciones doxológicas las que determinan la forma de la traducción, es decir lo que es dable pensar y publicar en una sociedad en un momento determinado de su historia. En el caso anterior, o de la traducción exotizadora, por cierto mucho menos común, prima el polo opuesto, el del apego a la intención del autor y su obra: la traducción busca un acercamiento al original sometiéndose a sus condiciones formales. Estas dos formas de traducción son, como puede verse, equiparables en sus definiciones a la noción de apropiación y reproducción que propone Subercaseaux para explicar que más que una imitación pasiva de modelos foráneos, tenemos en el Chile post-independencia una apropiación creativa de esos modelos, conclusión que nuestro trabajo también abona.

Vistas en conjunto, las traducciones-apropiaciones, entre las que podemos contar las adaptaciones, compilaciones y versiones, y las reimpressiones subrepticias de traducciones peninsulares, corresponden a la pulsión etnocéntrica del conocer. Dicho de otra manera, no hay sino apropiación mientras la meta sea el nacionalismo y la identidad nacional, como lo fue en el periodo censado por Medina en nuestro registro. El gesto contrario, el de la reproducción, o traducción exotizadora, implica una práctica de imitación consciente, desde luego a escala individual, del traductor mismo. Conocer por imitación obliga a un esfuerzo de descentramiento y de acercamiento al otro que rompe precisamente con la pulsión etnocéntrica del conocer. Es posible que en el conjunto de obras registradas haya ejemplos de este tipo de traducción, pero sólo un cotejo con los originales nos lo podrá revelar, y probablemente serán excepciones, porque la práctica de

⁵⁸ Subercaseaux, Bernardo (1997-2004) *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago: Editorial Universitaria. La discusión se desarrolla sobre todo en el tomo III.

⁵⁹ Schleiermacher, Friedrich (2000) *Sobre los diferentes métodos de traducir* (traducción y comentario de V. García Yebra), Madrid: Gredos. La discusión preceptiva sobre traducción libre y traducción literal se ha basado tradicionalmente sobre este texto, que representa sin duda un hito en la teoría de la traducción.

la traducción tiende más a la apropiación o naturalización que a la reproducción o exotización. Se tiende a conocer por analogía con lo propio o ya conocido, y las prácticas que de ello se derivan son mayormente inconscientes. Las traducciones deliberadamente literales, motivadas por el deseo de poner en evidencia lo ajeno⁶⁰, son más bien excepcionales.

Ello nos conduce a proponer que la posibilidad de que pueda haber reproducción como modo de construcción de lo propio en la historiografía nacional es, en términos generales, un espejismo. Sólo una historiografía de corte conservador, que establezca jerarquías entre producciones del centro y de la periferia, de las metrópolis y de las colonias, puede sostener la idea de la nación fruto de la imitación de otras culturas. El estudio de las formas de traducción, de los idearios que a través de las traducciones se reformulan e imponen, de los pillajes que autorizan, de los agentes que las realizan y de las instancias que las promueven está lejos de avalar tal afirmación.

CONCLUSIÓN

En la *Biblioteca chilena de traductores* de José Toribio Medina se trata a la traducción como una curiosidad de interés bibliográfico. Al reeditarla tratamos de volverla un objeto de interés histórico y punto de observación de la historia intelectual. Por eso hemos tratado de situar esta obra en la encrucijada de los estudios traductológicos y de los estudios históricos.

Para los estudios traductológicos, la *Biblioteca chilena de traductores* supone un avance en el conocimiento de nuestra historia y un punto de partida de nuevas investigaciones. Consideramos que para la historia de la traducción en América Latina (y no sólo para la historia de la traducción) es imprescindible una relectura y análisis de los bibliógrafos clásicos, cosa que además de impulsar el conocimiento de nuestra historia, ayudará a revitalizar los registros. Las obras bibliográficas se han utilizado comúnmente como obras de referencia, pero queda mucho por dilucidar de su carácter erudito.

También en el ámbito de la traductología, las conclusiones que hemos presentado en este estudio introductorio ponen en tela de juicio algunos supuestos que han estado muy en boga en los últimos años, como el de la presunta invisibilidad del traductor en la historia y su carácter marginal. La confirmación de que la práctica de la traducción es más

⁶⁰ Como, por ejemplo, la que Jorge Luis Borges hizo de *Song of Myself*, de Walt Whitman.

heterogénea de lo que habíamos pensado representa también un cambio de óptica que habrá que tener en cuenta de ahora en adelante en las investigaciones traductológicas.

Para los estudios históricos, esperamos que esta relectura de la *Biblioteca chilena de traductores* contribuya a incorporar las traducciones al estudio del nacionalismo cultural en lugar de limitarlas al estudio de la influencia de una u otra nación sobre Chile, y que enriquezca el estudio de las mentalidades, la historia intelectual, y historia de la lectura y la educación. Al mostrar que la traducción no es siempre fortuita, arbitraria, o marginal, sino que se encuentra entrelazada a otras producciones intelectuales y que, como tal, es parte de la cultura, y al sacudir los conceptos de autor y de obra original, como nos lo ilustra Sarmiento con su noción de caza de libros y su deliberada utilización y aprovechamiento selectivo de obras originales, esperamos poder instigar otras reflexiones, literarias y no literarias, sobre el papel de los intermediarios culturales y sus producciones.